

El fracaso socialdemócrata, la lección feminista, y una oportunidad neozapatista¹

Andrés Lajous

Este no es un buen momento para las izquierdas en nuestro país. Sus múltiples expresiones, en los últimos años, han perdido la capacidad para articularse tanto en forma discursiva como en forma organizativa. En el caso del discurso no ha sido fácil para las izquierdas renovarse y diferenciarse con claridad del conservadurismo oportunista del PRI, ni de la muy limitada (y limitante) visión de modernización del PAN. Esto no quiere decir que no hayan habido intentos serios por renovar el discurso de izquierdas, sino que estos intentos se han visto frustrados tras no encontrar eco, y en muchos casos encontrar desprecio, por la mayoría de las y los actores políticos de izquierdas.

Se me ocurren por lo menos tres intentos serios desde las izquierdas para nutrir de nuevas metáforas sus objetivos y estrategias: la socialdemocracia, el feminismo, y el neozapatismo cívico. Sin duda al resaltar estos tres esfuerzos, estoy descartando como intentos de transformación discursiva, otros dos: el nacionalismo revolucionario y el socialismo de antaño. Sin embargo con mucha razón algunos dirán que la izquierda “realmente existente” es más una combinación de las últimas dos cosas, que de las tres anteriores. No podría estar más de acuerdo, pero prefiero criticar constructivamente lo que considero oportunidades, que repetir las críticas, que muchos ya hacen, a discursos que más que oportunidades representan a un poco exitoso *status quo*.

De las tres oportunidades de renovación del discurso de izquierdas que mencioné antes, la más popular, pero al mismo tiempo la menos exitosa ha sido la socialdemocracia. Su popularidad se refleja en el interés, de un sinnúmero de políticos e intelectuales de denominarse a sí mismos socialdemócratas sin realmente asumir las consecuencias de dicha determinación. Para dar una muestra, entre quienes hoy se dicen socialdemócratas hay personajes tan disímbolos como: Dante Delgado de *Convergencia*, Jesús Ortega del *PRD*, Beatriz Paredes del *PRI*, Alberto Begné de *Alternativa Socialdemócrata*, Miguel Ángel Jiménez de *Nueva Alianza*, Carlos Fuentes, José Fernández Santillán, y Héctor Aguilar Camín. Sin embargo, más que compartir con claridad lo

¹ Ponencia presentada en el seminario “Las Alternativas de las Izquierdas en México” el 3 de julio del 2008.

que significaría en términos prácticos un proyecto socialdemócrata mexicano, comparten dos elementos discursivos. 1) la crítica a la vieja izquierda comunista (o populista) a veces hasta bordear con el liberalismo a secas, y 2) la ilusión de los gobiernos socialdemócratas en países del primer mundo en los años ochenta y noventa. Más allá de esos dos acuerdos básicos, la socialdemocracia como cuerpo de ideas, no ha logrado mucho en nuestro país. Ninguna de las personas que mencioné han promovido con éxito propuestas de universalización y redistribución de la riqueza. No hay casos específicos de legislación o políticas públicas en los cuales sea la socialdemocracia la que pueda anotarse el gol, a excepción de la legislación promovida por *Democracia Social*, *México Posible*, y *Alternativa* que en realidad fue exitosa en la medida en que se nutrió del discurso feminista y ambientalista. No hay duda que la socialdemocracia como discurso de izquierda ha hecho su intento, pero sus consecuencias, sobre todo, se han limitado a explotar el narcisismo de las pequeñas diferencias entre viejos políticos que en realidad son indistinguibles unos de otros.

En sentido contrario a la socialdemocracia, el feminismo ha sido exitoso aunque no siempre ha sido muy popular. Las resistencias al discurso feminista son, sin duda más evidentes entre hombres políticos que entre mujeres políticas. Sin embargo, con el paso del tiempo la resistencia discursiva, pero no práctica al feminismo se ha transmitido a nuevas generaciones. Hoy en día somos pocos los hombres y mujeres jóvenes que nos decimos feministas, aunque cada vez son más, entre las generaciones más jóvenes, quienes están de acuerdo con las políticas públicas, la legislación, y sobre todo perspectiva cotidiana del feminismo. Ha sido tal la permeabilidad de los cambios impulsados por el discurso feminista, que no es del todo sorprendente ver a jóvenes panistas haciendo todo tipo de malabares retóricos para defender la retórica patriarcal de su partido y al mismo tiempo evitar sonar como viejos conservadores. Es más, tan sólo recordemos como, Felipe Calderón, en la campaña del 2006, tuvo que recular en televisión nacional sobre la oposición doctrinaria de su partido a la píldora del día siguiente. Sin embargo, no todo ha sido éxito pues no podemos olvidar que de dos candidatos presidenciales de izquierdas, el que era hombre, se oponía a la despenalización del aborto, mientras que Patricia Mercado, con valentía explicaba en televisión nacional la necesidad de despenalizarlo.

Hoy podemos ver que como producto del discurso feminista, y del trabajo de mujeres y

hombres feministas, se aprobó en el 2000, la ley federal en contra de la discriminación y se creó el CONAPRED, desde 1999 en el DF se empezó a despenalizar el aborto hasta hace poco más de un año que se despenalizó por completo, también en el DF y en otros Estados de la República, se ha aprobado alguna modalidad de la Ley de Sociedades de Convivencia, y a nivel federal se aprobó la Ley de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. Es decir el feminismo se ha convertido en nuestro país, en la punta de lanza del discurso igualador de construcción de ciudadanía, y es por eso que el discurso feminista está cada vez más presente, con toda legitimidad política, en las discusiones de distribución del poder formal, y en las discusiones de las asignaciones presupuestarias. Ahora, el reto es que haya aún más feminismo en la política, pero sobre todo que haya más feminismo en la sociedad.

Por último me referiré lo que creo que ha sido la vertiente más exitosa, y a veces popular del neozapatismo discursivo: el neozapatismo cívico. Califico el neozapatismo como cívico, porque creo que hay que diferenciarlo de dos vertientes propias: 1) de la vertiente violenta, y 2) de la vertiente anti-capitalista. El neozapatismo cívico es aquél que intentó a finales de los noventa no sólo modernizar a la izquierda sino posmodernizarla, es decir cuestionar de frente valores metafísicos del modernismo que terminaron en desastre. Ahora poca atención se pone a los comunicados zapatistas de los últimos años de los noventa, en los cuales se logra dilucidar es la confrontación con narrativas anquilosadas de las izquierdas que depositaban todas su esperanza, en la fuerza de la Historia, del Progreso, la Revolución y la Razón.

El neozapatismo cívico es un llamado a la calma pero no a la pasividad. Nos llama a tomar la democracia en serio, a ejercer derechos y libertades hasta sus últimas consecuencias para ser autónomos, y pensar en invertir políticamente en el corto plazo para ver los resultados en el largo plazo. El neozapatismo cívico es el que dejó las armas y decidió cruzar el país para dar un mensaje ultrademocrático en el que la democracia se entiende como la organización de la sociedad para ejercer el poder, y no el ejercicio del poder sobre la sociedad. El neozapatismo cívico reconoce las instituciones formales, e incluso intentó promover legislación, ante el Congreso de la Unión. Ese mismo neozapatismo pidió dentro de la Cámara de Diputados en palabras de la Comandanta Esther, construir un país con igualdad política en el que las voces de todas y todos valieran lo mismo. Su prioridad en aquél momento no fue la redistribución radical

de la riqueza, ni la toma violenta del poder, ni mandar al diablo las instituciones, sino la redistribución radical de la libertad, dignidad, justicia, y democracia para lograr autonomía.

Con “La Otra Campaña”, otra vez esta vertiente neozapatista se vinculó con los procesos de las instituciones formales, aunque la decepción sufrida por la experiencia legislativa fue contundente.. Durante las elecciones federales del 2006, los neozapatistas transmitían su intento de hacer política de manera pacífica, pero no hacerla como parte del sistema de partidos. Esta vertiente del neozapatismo es radical, porque en un país donde las personas siguen siendo tratadas políticamente como naturalmente desiguales, la igualdad política rompe con viejas e injustas instituciones. Es más, es tan enfática en la democracia, en la igualdad y en la comunidad, que uno podría decir, que su aspiración es la de una República democrática de todas y todos.

Con estos ejemplos pinté lo que puede parecer un escenario optimista, aunque tampoco quiero caer en el engaño. Usé estos ejemplos, en una interpretación explícitamente sesgada, como oportunidades, pues creo que son los pequeños ejemplos innovadores los que pueden romper con la hegemonía del cinismo conservador que prevalece cuando se acepta la realidad y se renuncia al cambio. Por lo tanto, creo que ahora lo importante es tratar de entender porque estos tres intentos de renovación discursiva de las izquierdas, la socialdemocracia, el feminismo, y el neozapatismo cívico, han sido minoritarios, y en muchos casos marginales en la política nacional.

En concreto creo que, hay un problema organizativo, producto de las condiciones políticas generadas por las reglas del sistema político mexicano. Creo que hoy nuestro sistema político tiene la capacidad de corromper todo, desde solapar al más cínico hasta quebrar al más bien intencionado. Creo que entre quienes nos consideramos de izquierda y tenemos interés en renovarla, al acercarnos más al sistema electoral, más fácil nos volvemos tolerantes a prácticas políticas que siempre hemos dicho que queremos desterrar. Para nadie es secreto que la política electoral, se ha convertido, en la herramienta de simulación de muchos quienes dicen ser demócratas pero en los hecho nunca lo son.

En realidad la vida interna de los partidos políticos, y los que me interesan son los de izquierdas, se ha convertido en la lucha descarnada por cargos, prebendas y recursos. La competencia política interna se simula con los pactos cupulares o se ejerce sólo con el uso de

clientelas políticas. La opacidad, el fraude a la ley y estatutos predominan como forma de operación interna. Se compran y venden votos, se compran y venden candidaturas, se compran y venden cargos, y de manera aún más dañina se compran y venden posiciones programáticas. Esta crítica no sólo se le puede hacer a la izquierda mayoritaria del *Frente Amplio Progresista*, sino también a la izquierda partidista minoritaria como *Alternativa*, el partido al que yo pertenezco. Esta degradación y corrupción de los partidos políticos suele ser justificada con una muy burda interpretación de Maquiavelo con la que se asume que la participación política, sólo es importante para llegar al poder. Unos hablan de vías graduales y otros hablan de vías rápidas pero todos insisten en que lo importante obtener el poder en una visión patrimonilista, para dar y repartir, y después ver que significa y que se hace con él. Yo mismo ignoré la degradación de mi propio partido, argumentando que habían momentos leninistas, en los que uno se encontraba frente al palacio de invierno y no quedaba de otra más que, sin importar los medios, obtener el poder. El problema de estos mecanismos, por muy temporales que parezcan, es que se convierten en un círculo vicioso que vacía de ideas a las y los políticos de izquierdas. Uno dedica la mayor parte de su tiempo a cuidarse de que el adversario interno no le meta el pie, y al mismo tiempo planea como lo hace tropezar. Sin darse cuenta, las y los políticos de izquierda, pierden la capacidad para cumplir su compromiso de la ciudadanía, y se dedican únicamente a cumplir los compromisos que adquieren con agentes financieros, y a veces con vergonzoso aliados políticos.

Pero no todo es pesimismo, creo que una dosis de optimismo se puede vislumbrar, no en renunciar a la vía partidista, sino intentar una vez más en rescatarla. En darle prioridad a los elementos democráticos de la práctica política del feminismo y del neozapatismo cívico, dentro de las instituciones partidistas. Abrirlas cuidadosamente, para que representen por lo menos a una parte de la sociedad y no sólo a grupúsculos enquistados, pero hacerlo combatiendo explícitamente la ley de hierro de las oligarquías. Generando un discurso ciudadano sobre el comportamiento de los políticos, que haga sumamente costos distanciar las palabras del comportamiento y sus consecuencias. Esta podrá ser una esperanza un tanto utópica, y dejarla en palabras tampoco será suficiente. Hay que sembrarla en nuevos cuadros políticos de izquierdas que no hayan sido educados en las prácticas políticas del priísmo que ahora ha colonizado toda opción partidista. Aprendamos de los cuadros políticos del feminismo y del neozapatismo cívico

que empezaron a invertir años atrás en formar a militantes y dirigentes, para tener resultados dignos y propios años después.

El riesgo más grave que han corrido algunas izquierdas en nuestro país, es llegar al poder transfigurándose en quienes antes ostentaban el poder. No ha sido mediante cuadros de izquierda con un discurso claro, con capacidad para comunicarlo, e innovando en formas de organización, sino recuperando y desempolvando a viejos cuadros del prisma cultural que han hecho poco por renovar a la izquierda, y mucho para revivir políticamente. La formación de nuevos cuadros políticos de izquierdas se tiene que empezar a hacer hoy, para tener resultados en el mediano plazo. Para ahora sí aspirar con seriedad a políticas públicas de universalización de derechos, y de redistribución de la riqueza que no son fáciles de implementar, y que en un contexto de corrupción generalizada son imposibles. No sabemos que resultados serán, ni en cual de todas las izquierdas tomen su camino. Estos nuevos cuadros de izquierdas serán semillas de incertidumbre, la cual tenemos que preferir, frente a la certidumbre de cenizas del pasado.